OPINIONES AUTORIZADAS

CARBONEROS TROGLODITICOS

No logro resolverme a conceder valor moral alguno ni a una fe que no duda ni a una valentía que no tiembla. Me parecen algo así como la castidad de un eunuco o la humildad de un imbécil.

Siempre he creído que la fe humana, quiero decir, la fe de un hombre que sea hombre, se alimenta de dudas y hasta de desesperaciones. Es la fe del apóstol Pedro vacilando en el haz de las aguas y negando tres veces a su Maestro; es la fe de Sancho dándose cuenta de la locura de su señor. La otra fe, la del carbonero troglodítico, no es fe humana. Ni tampoco sobrehumana. Es, dígase lo que se quiera de la obra de la gracia divina, fe infrahumana.

Le llamo carbonero por aquello de la fe del carbonero o implícita, del que, al preguntarle qué creía, contestaba que lo que cree, y enseña la Santa Madre Iglesia; y al preguntarle por lo que ésta enseña y cree, decía que lo mismo que él, y de ahí no salía. Y le llamo troglodítico porque un momífero así —no me atrevo a decir hombre— es cavernario como el oso paleontológico; por él no ha pasado la historia.

¿Y un pueblo entero de carboneros troglodíticos de estos? Hay quien lo admira y dice que eso es un pueblo con disciplina y con patriotismo y con fe en su destino y con voluntad de dominio! Claro que quien así admira a un pueblo tal, o es también un carbonero troglodítico, o, lo que es peor, un redomado vividor saduceo a quien le conviene que sean carboneros troglodíticos aquellos a quienes explota y le mantienen.

Un pueblo para quien la verdad oficial es la verdad, que no sólo no discute a sus autoridades, sino que las cree a pies juntillos; un pueblo que no duda de la previsión de sus directores, eso no es más que un pueblo cavernario. Y aunque muchos de los individuos que lo componen sean eminentes en tal o cual disciplina técnica de los conocimientos humanos. Porque se puede muy bien ser una autoridad científica en química, en física, en cálculo infinitesimal, en psicología experimental, en asiriología o en exégesis bíblica, y tener un alma de niño o de hombre prehistórico de las cavernas. La infantilidad se aúna muy bien con la sutileza teórica.

Buckle propendía a hacer estribar el progreso en el desarrollo del escepticismo. La marca de la verdadera superioridad espiritual—espiritual más bien que mental—consistía para él en saber dudar. Pero es menester ponerse de acuerdo a este respecto. Porque hay filósofos que se proponen dudar de todo, ser unos escépticos o pirrónicos profesionales, establecen la duda metódica o sistemática y, sin embargo, en realidad no dudan sino por método, o como si dijéramos por hipótesis. O más bien por deber profesional. Sospecho, *v. gr.*, que si Manuel Kant, el catedrático de Koenigsberg, maestro en escepticismo, viviera hoy, se tragaría todas las ruedas de molino con que le haría comulgar el gobierno de su patria, y no se permitiría dudar de la verdad de los boletines oficiales. Lo que quiere decir que su escepticismo era un escepticismo sistemático o metodológico, trascendente y filosófico. Un buen kantiano de su tierra hoy dudará de la realidad del mundo exterior o de su propia conciencia, pero jamás del parte que le diga que han copado tres millones de rusos o de las alegaciones contra la perfidia inglesa. Y es que el kantiano este, con todo su talento profesional—y quiero reconocérselo y muy grande—es un carbonero troglodítico, o, si se quiere, un niño grande. La historia ha pasado por su cabeza, pero nada más que por su cabeza.

Y si del orden de la fe pasamos al de la valentía, tampoco me convence la intrepidez ciega y bárbara de los disciplinados carboneros troglodíticos que van a la muerte cantando y sin temblor alguno. Que no me hablen del heroísmo que no tiembla, ni llora, ni vacila, si se arredra ante el peligro de muerte o de algo peor acaso. Eso no es heroísmo.

Joaquín Costa apostrofó reciamente a sus compatriotas llamándolos cobardes, y el apóstrofe ha sido repetido. (Es decir, él mismo lo repitió, pues no fué el primero). Pero les llamó cobardes, y aun algo peor aún, porque no sabían rebelarse contra quien les desgobernaba. Y esto sí que es cobardía.

Yo estimaría que un caballo empezaba a ser un sér racional y su valor, por lo tanto, un verdadero valor, un valor racional, humano, cuando ante el empeño de su ginete de hacerle saltar un precipicio sin necesidad alguna, y por pura jactancia, le echase al ginete a tierra; pero que obedeciendo a la espuela se arroje a la sima, ni me parece que es valor ni cosa que lo parezca. Tanto vale hablar del valor de los miuras o los veraguas que acometen en el coso. No, la impetuosidad del toro de lidia no es valor. Será braveza, si se quiere, pero no valor. Y un hombre que tuviese el género de braveza del toro de lidia, un furor taurino así, no pasaría de ser otro noble bruto. Si es que en los brutos cabe nobleza.

No, donde no hay duda y temor y vacilación y arrepentimiento y hasta desesperación, no hay verdadera nacionalidad, y donde no hay verdadera nacionalidad no hay ni fe ni valentía. El que sin una duda, sin una zozobra, confiado en los que le mandan y en la justicia del mandato, avanza al peligro de muerte como quien va a una fiesta, quien así se sacrifica acaso hasta alegremente, ese no es un hombre. Ese es un pre-hombre, un mamífero vertical cavernario, aunque haya descubierto un nuevo compuesto químico orgánico o haya resuelto ecuaciones de enésimo grado o descifrado inscripciones etruscas.

Si existe un pueblo así en la realidad y no tan sólo en la imaginación de nuestros carboneros troglodíticos y de los saduceos diabólicos que los fomentan, no quisiera por nada del mundo tener que vivir en semejante pueblo. Acabaría por suicidarme de abu-

(Concluye a la vuelta)